

Spanish Literacy 5

18 de enero, 2022

Mi obra de ficción realista

1914

Siempre le pareció interesante a Jacinto el como Gerardo, su hermano de un año menor, parecía no ser afectado por cosas que hacía ver cómo trivialidades en un momento pero un obstáculo imposiblemente complicado de atravesar en otro. En ese momento, el cansancio. El como Gerardo podía bailar siete canciones seguidas con casi el doble de mujeres sin cansarse, pero no podía trabajar mas de una hora y media en el campo sin tomar un descanso era algo que casi hacía enfadar a Jacinto siempre que pensaba en ello. En eso pensaba Jacinto en silencio en la oscuridad de la noche en una esquina de la fiesta; parecía una pieza de rompecabezas que no encajaba mientras Gerardo bailaba en la plaza.

Por otro lado, Gerardo que era mas alto y delgado que Jacinto a pesar de su edad, encajaba perfectamente con la música que sonaba tan fuerte que se podía escuchar en todo el pueblo. Encajaba con el olor a alcohol, enchiladas y demás comida. Y especialmente encajaba con las mujeres que siempre se sentían atraídas a él por alguna razón que Jacinto no lograba comprender.

Se llevaban bien, dentro de lo que cabia, pues crecieron juntos. Pero su relación no era perfecta. Más bien estaban forzados a llevarse bien porque de ello dependia la estabilidad económica de su familia.

Así transcurrieron los primeros años de la vida de ambos. Sin mucho cambio. Después de todo vivían en un pequeño pueblo alejado de cualquier ciudad, San Isidro. Todo lo que necesitaban los habitantes del pueblo lo producían y consumían allí mismo. La gente caminaba a todas partes, a excepción de unos pocos que se transportaban en burros sobre los caminos

de terracería junto a las casas de adobe. Las únicas ocasiones en las que los habitantes del pueblo salían del mismo, eran las veces en las que la enfermedad de algún familiar no les dejaba otro remedio. Y la única diversión que tenían eran los bailes de las tardes de los sábados en la plaza. Así era la vida de la gente de San Isidro.

.....

El sol del medio día le quemaba la piel a Jacinto Y Gerardo cuando estaban saliendo de la Iglesia hacía la plaza. Gerardo hizo un ademán con la mano para cubrirse la cara de el sol.

-Si no fueras tan huevón, podríamos venir antes de la hora del mero solazo.- dijo Jacinto sin dejar de caminar.

-¿Qué ganamos?- Respondió Gerardo. Se le notaba la resaca en la voz -La misa es misa a la hora que la den.-

Jacinto se limitó a negar con la cabeza.

Algo llamó su atención al otro lado de la plaza. Jacinto contó cerca de veinte caballos. Ambos se acercaron a la conmoción.

-¡Todos los hombres mayores de catorce años que puedan caminar se vienen con nosotros!- gritó un hombre bajo y gordo.

Detrás de él, un grupo de hombres armados miraba a la multitud amenazantes.

-¡Y si no quiero!- respondió otro hombre que debía tener mas de 60 años de entre la multitud.

El hombre gordo y bajo se acercó sin quitarle la mirada de encima y lo golpeó con la culata del rifle en el estomago.

-Nó estaba preguntando- dijo con una voz monotoná.

Después de eso, los hombres armados se llevaron a hombres y adolescentes del pueblo por la fuerza si era necesario. Entraban en las casas y arrastraban a cualquier hombre que se viera medianamente saludable. Por todo el pueblo se oían los gritos y llantos de sus madres o

esposas. Por su lado Jacinto y Gerardo fueron de los primeros en ser obligados a abandonar el pueblo, no tuvieron tiempo de despedirse de nadie.

.....

Pasados cinco meses de que los hermanos se vieron obligados a dejar su pueblo, ya se habían acostumbrado medianamente a su nueva cotidianidad como soldados. Ya sabían, por ejemplo, que el hombre gordo y bajo era Martinez. Solo Martinez, pues nunca pudieron averiguar su nombre completo. Nadie en su batallón tenía el valor suficiente para preguntárselo. Un recluta podía no cometer ningún error nunca y no ser reconocido por ello, pero en el momento en el que Martinez viera una mancha de lodo en sus botas, lo castigaría como si ese error fuera algo frecuente. También sabían que se habían unido a La División Del Norte, que estaba a cargo de Pancho Villa. No estaban del todo de acuerdo con sus métodos pero estaban de acuerdo con la causa. Y aunque no estaban contentos con ello, entendían que no podían escapar y regresar a San Isidro sin poner en riesgo a su familia, pues eso los convertiría en desertores y los tratarían como traidores.

Durante cinco meses no habían hecho mucho más que acercarse a la muerte. Como si estuvieran jugando a ver que tan cerca podían estar de la muerte sin llegar a morir. Apostando sus vidas pero sin recibir ningún beneficio si ganaban la apuesta. El lado positivo es que en sus frecuentes encontronazos con la muerte, desarrollaron una especie de camaradería y hermandad con los otros reclutas que compartían su situación. Pero especialmente entre ellos. Desde que morir se había vuelto en una posibilidad, ellos se volvieron mas unidos porque ellos dos eran lo único que tenían en ese momento y solo en ellos podían confiar. Su relación empezó a mejorar desde que habían arriesgado su vida en Torreón donde Jacinto y Gerardo flanquearon una esquina de la artillería del ejército federal y poco a poco los demás revolucionarios los siguieron hasta deshacerse de la línea de artillería por completo. Habían peleado de forma valiente según Martinez, convirtiendo a los hermanos en las únicas personas en recibir reconocimiento de Martinez. Eso convirtió a los hermanos celebridades para los otros

reclutas. Pero sobre todo, los volvió mas unidos ya que en todo momento se cuidaron las espaldas durante la batalla.

Ahora, sin embargo, debían ir hacia el sur. A Zacatecas. Para una vez más arriesgar su vida e intentar tomar la ciudad. La diferencia esa vez era que si lograban tomar la ciudad, eso abriría paso a la revolución para marchar hacia la capital y acercarse al final de la guerra.

.....

Cuando la División Del Norte llegó a Zacatecas, los hermanos estaban ya cansados de cabalgar, pero no hubo tiempo de descansar. Nada más llegar les ordenaron, junto con un grupo de otros soldados rasos revisar todas las armas, los caballos, municiones, cañones, y demás para que estuviera listo para la usarse en la batalla. Todo el campamento se llenó de gente haciendo preparativos con prisa.

-Si sale mal, tú corre y vete.- dijo Jacinto terminando de ensillar un caballo.

-¿Y tú?- dijo Gerardo revisando las herraduras de otro caballo

-Yo voy a buscar la forma de salir solo y luego te encuentro.-

Al fondo se escuchaba a Martinez gritandole a un recluta.

-¿No tienes miedo?- preguntó Gerardo ignorando a Martinez

-No.- mentía. De hecho pensaba que morir era algo muy posible. Casi una certeza.

Antes de que Gerardo pudiera responder algo, los llamaron. Un hombre nervioso y empapado de sudor con la ropa sucia le gritaba a su batallón. Al parecer las fuerzas necesitaban ayuda. La caballería necesitaba la ayuda de su batallón en la ciudad. Se subieron a sus caballos, se miraron con preocupación y cabalaron.

.....

Entrar a la ciudad fué más complicado de lo que se esperaba Villa. La caballería cargó varias veces hacía las tropas que defendían la ciudad desde el cerro de El Grillo hasta que cayó después de varios intentos. Al caer las defensas del cerro, los revolucionarios siguieron colina abajo hasta la ciudad. Los hermanos se unieron a la carga principal. Mientras cargaban juntó a

la caballería, esquivaban los cuerpos en el suelo mientras atravesaban la niebla de balas a toda velocidad esperando que ninguna les diera. Se escuchó un silbido ensordecedor que bloqueó el sonido de las balas, los caballos, y los hombres gritando. El silbido se acercó. Una bala de cañon impactó a la izquierda de Gerardo haciendo volar la tierra y las piedras. Cuando volteó, los jinetes que estaban a su izquierda estaban o en el suelo rodando o intentando esquivar la marea de jinetes que venían detrás de ellos; uno de ellos tenía un caballo aplastándole las piernas. Gerardo quiso ayudar pero no había tiempo, sabía que no había mucho que podía hacer

Los dos hermanos se concentraron en seguir avanzado hasta que los disparos eventualmente cesarían.

Después de varias horas, la caballería siguió acorralando a los soldados federales hasta llegar a la Plaza De Armas dentro de la ciudad. Poco a poco siguieron presionando. Las balas de cañones seguían impactando en las banquetas y calles. La lluvia de balas no se detuvo. Para ese punto los hermanos iban a pie. Siguieron presionando. Ya habían perdido la cuenta de cuantas veces habían recargado sus rifles. Estaban cansados y su puntería les empezaba a fallar. Avanzaron hasta los alrededores de la plaza peligrosamente cerca de donde las balas de cañon impactaban levantando escombros. Una gran parte de Jacinto había tenido suficiente y quería salir de su cobertura, llevarse a su hermano e irse de la ciudad arriesgándose a que una bala perdida le diera. Otra parte quería quedarse y terminar lo que empezó. ¿Por qué estaba arriesgando su vida? ¿Si moría tendría siquiera el reconocimiento de la gente?, O ¿sería otro muerto del montón?. Mientras Jacinto pensaba en eso, miró a Gerardo que corría con la cabeza agachada hacia la esquina de un edificio. Detrás de Gerardo, por la dirección por donde venía una bala alcanzó a un grupo de revolucionarios. La mayoría quedaron heridos en el suelo arrastrándose detrás de una pared o un escalón que pudieran usar como cobertura. Vió suficiente. Le silbó a su hermano para llamar su atención. Planeaba sacarlo de allí. Si se quedaban más tiempo podría morir, de verdad. No le importaba si los consideraban desertores.

Los revolucionarios estarían ocupados con la guerra de cualquier forma. No gastarían mucho tiempo buscándolos.

Escuchó que todos empezaron a gritar, casi al mismo tiempo. Varios sombreros de sus compañeros estaban en el aire. Pensó que una bala de cañón los alcanzó. Temblando asomó la cabeza por encima de su cobertura. Miró una bandera blanca ondeando. El ejército federal se había rendido.